

## EL GRAN VIAJE

En el taller al que acudo me preguntan, o nos preguntamos, que cuál ha sido nuestro viaje inolvidable. ¿Quizá lo fue el de China dónde no sabía como preguntar dónde estaba el baño? ¿O el primero que hice con mis padres a Estados Unidos y donde me encontré un billete de cinco dólares que pensaba ya me haría rico? ¿O el que hice al principio de mi carrera con mis compañeros en una troca, sentados toda la noche al aire libre y tomando ron? ¿O el primero a Europa donde, por estar en reparación, no pude visitar la Capilla Sixtina? Son cientos los viajes, a mi país, a todo el Continente Americano y Europeo, a Egipto, a Israel, a Estambul, a Rusia, que en esa época sí se llamaba así; a islas pequeñas como Aruba, o grandes como Cuba, antes y después de Castro. Cada uno con sus circunstancias especiales, sus emociones, sus descubrimientos, sus encuentros, sus decepciones. Todos inolvidables, tanto los de placer como los de trabajo. Pero habría que escoger solamente a uno. ¿Por cuál decidirme?

El viaje inolvidable mío, aunque suene a chiste, es del que no me recuerdo, del que no sé nada, que no tengo ni la más remota idea de cuánto duró y por dónde anduve. Ese es el viaje. El verdadero.

¿Cuándo fue? Ya hace muchos, muchísimos años. Quizá por eso se me olvidó. Pero no creo que sea el caso. Les he preguntado a muchos que lo han hecho y tampoco recuerdan nada, pero todos están de acuerdo conmigo que fue el viaje principal, el más importante.

Fue un viaje que tomó mucho tiempo planearlo y llevarlo a cabo. Todos estuvieron de acuerdo que sería muy conveniente. Al único que no le preguntaron si quería ir en él fue a mí. ¿Qué pasaría si yo me hubiera negado? No lo sé ni nunca lo sabré. En esa época yo no tenía ni voz ni voto.

Siempre pienso en los viajes interplanetarios cuando trato de armar las circunstancias y el transporte que me condujo. Tenía yo que viajar solo. Yo, que nunca antes había viajado y que no tenía experiencia. ¿Cómo pudieron hacerlo? Lo he preguntado y siempre me contestan que así es la vida. Bonita contestación a una

pregunta tan trascendente. ¿Qué dirían si yo los mandara tan lejos y sin saber nada? A ver, contesten. Claro que no lo hacían, sólo sonreían.

Más que recordar el viaje en sí mismo, que ya dije no lo puedo hacer, si puedo recordar sensaciones. Las de calor, las de frío y miedo, las de tranquilidad. Todas ellas antes de llegar a mi destino.

Esa fecha, ese día, ese momento, el de llegada, quedó grabada en mí para siempre, creo que es la que forjó el resto de mi existencia. Mi madre gritó como loca, unas manos me arrebataron de ella. Tomé aire profundamente y yo también me puse a gritar. Terminó el viaje de la nada a la vida. Nací.

Ahora tengo que preparar el otro viaje, el contrario, de la vida a la nada.

Tomás Urtusástegui

Enero 2007